

## Capítulo LI.

Don Félix Rodrigañez.

Era el señor Rodrigañez uno de esos hombres que se encuentran en todas las aldeas, que se sabe no han heredado bienes de sus padres ni dedicádose á ninguna industria, y que sin embargo, sin haber entablado relaciones con la justicia, han conseguido reunir en pocos años una buena fortuna.

Dicho se está con esto que los que tal consiguen deben echar á un lado toda clase de preocupaciones, y natural es que estando tan materializados, no den cabida en su pecho á supersticiones ni brujerías.

Don Félix, en la época en que le presentamos á nuestros lectores, podría tener unos cuarenta años.

Era soltero, no se le conocía más parientes que un hermano, que vivía en una suntuosa casa, sobre

cuya puerta había un magnífico escudo de armas, indicando la nobleza del que la habitaba.

Achaque ha sido en todos tiempos blasonar de nobleza los que habiendo nacido en humilde cuna, logran por cualquier medio adquirir riquezas.

En su loco desvarío, olvidan los que tal hacen que la verdadera nobleza se revela en las acciones del hombre, y que todos los timbres, todos los blasones, no son más que un efímero barniz que oculta la corteza de las almas vulgares.

Los maliciosos aseguraban que la fortuna de don Félix debía su origen á haber estado encargado de la curantela de unos menores en una de las provincias de Andalucía; pero lo cierto es que al pasar á su lado todos se descubrían respetuosamente, no se sabe si por sus riquezas ó por el parentesco que tenía con un inquisidor.

De cualquier modo, Rodrigañez era una potencia; los pobres le temían y los ricos buscaban su amistad.

Poco más de dos años hacía que vivía en el pueblo, y las personas principales se creían muy honradas con que admitiese sus obsequios.

Entre los que más le distinguían se encontraba don Pedro de Cevallos y Septien, señor feudal de cuatro pueblos emparentado con lo más notable de la corte.

Don Pedro había tenido la desgracia de que al dar á luz su esposa á una linda niña, llamada Laura, sucumbiese, y el anciano formuló el proyecto, para el

dia que su vida se extinguiese, de nombrar tutor de su heredera al señor don Félix Rodrigañez.

Fiado en su prestigio, el ilustre don Pedro trató un día de mediar en una diferencia entre dos pecheros, se puso de parte del que él creía tenía razón en su demanda, y ardiendo en ira el contrario, le asestó un golpe que le dejó mortal.

La justicia se incautó de todos sus papeles, y acatando la voluntad del finado, tomó posesión de la curatela su amigo Rodrigañez.

Laura, que apenas contaba un año quedó al cuidado de su tutor, que en honor de la verdad, la quería como si fuera hija suya.

Tal era el personaje que tan oportunamente llegó á casa de don Mendo, y que no tardó en volver acompañado de Clavellina.

No sabemos qué es lo que la diría por el camino.

Lo cierto es que en el momento de presentarse donde descansaban madre é hijo, pidió Clavellina la dejasen un instante á solas con ellos, y sacando de un pomo con la punta de una espina de erizo una bolita negruzca del tamaño de un garbanzo, despues de calentarla un momento frotó la frente del niño, y con las mismas precauciones guardó lo que sobró en el pomito.

Terminada esta operacion, pronunció algunas palabras ininteligibles para Luz, y un momento despues abandonó la habitacion.

La gitana, despues de saludar humildemente á don

Félix, se disponia á dirigirse á su guarida, cuando este la dijo:

—Calma, Clavellina no te des tanta prisa. Mientras el niño no esté completamente restablecido estarás en mi poder. Hace tiempo que deseaba encontrarte, y ya puedes suponer que cuando se me presenta esta ocasion no he de dejarle escapar.

Pronunció estas palabras con una aparente bondad don Félix, que heló la sangre en las venas de la gitana.

—Yo, señor, creía...

—Creíais mal,— dijo secamente Rodrigañez, al mismo tiempo que dos de su siervos, que aguardaban en el zaguan, penetraban provistos de cuerdas y amarraban fuertemente á la gitana.

Como se vé, Rodrigañez era hombre que no se dormia sobre las pajas, porque todo indicaba que habia tomado ya las disposiciones necesarias para conseguir el objeto que deseaba.

Don Mendo presenciaba atónito aquella escena, y la parecia un hombre sobrenatural el que de tal manera desafiaba la ira de la gitana.

De su abstraccion vinieron á sacarles las voces de su esposa, que decia:

—Ven, Mendo; ven, esposo mio: Francisco está ya bueno.

Don Mendo acudió seguido de don Félix, y vieron la favorable crisis que se habia operado en el niño:

A su respiracion angustiosa, entrecortada, peno-

sa, habia sucedido una respiracion tranquila, acompañada, dulce.

A la impaciencia que se notaba en todo su ser, habia reemplazado esa tranquilidad angelical que ofrecen los niños cuando están dormidos.

Un color sonrosado cubria sus mejillas, y en la expresion de su fisonomía se notaba que disfrutaba de una completa salud.

Don Mendo, siempre bajo la presion del recuerdo de la gitana, y como si temiese que esta podria deshacer su obra, dirigiendo una mirada á Luz y pidiéndole en ella que le apoyase en lo que iba á suplicar á don Felix, le dijo:

—Creo, mi buen amigo, que Clavellina no sufrirá ningun perjuicio por nuestra causa. Antes, por el contrario, deseáramos enviarla algunos ducados, ya que tan solícita se ha mostrado en la curacion de nuestro hijo.

—No es eso lo pactado,—repuso don Félix Rodrigañez.—Hemos convenido en que yo obraria con amplias facultades en este asunto, y á decir verdad, yo habia pensado ya en la recompensa que merecia esa bruja.

—De todos modos, os suplicamos, por la amistad con que nos honrais,—dijo doña Luz,—que mandeis poner en libertad á Clavellina. Creedlo; mientras no hagais eso, no habrá tranquilidad para esta pobre madre.

Don Félix no podia negarse á las súplica de los dos esposos, y despidiéndose de ellos, se dirigió á

su casa, mandando poner en libertad á la gitana, no sin hacerle algunas advertencias que la hicieron temblar.

Francisco no tuvo desde entonces el más ligero padecimiento, y llegó á los once años con toda felicidad, siendo el embeleso de sus padres por la disposicion que revelaba para el estudio y por las buenas prendas morales que le adornaban.

---

## Capítulo LII.

---

Resolucion de Francisco de Garay de embarcarse  
para las Indias.

Quería don Mendo, aprovechando las buenas disposiciones de su hijo, enviarle á estudiar á Salamanca.

Su esposa doña Luz se oponían á separarse de él, y convinieron los padres de Francisco en que un fraile que vivía en el pueblo le enseñase latin.

Tambien le tomaron maestro de armas.

Grandes progresos hacia en sus estudios Francisco de Garay, especialmente en el manejo de las armas.

Todo revelaba en él al futuro guerrero, y aunque como es natural, esta inclinacion halagaba á su padre, doña Luz no transigia con la idea de que se alistase para la guerra.

Don Félix de Rodrigañez continuaba visitando la casa de nuestro héroe, y cada día se captaba más y más las simpatías de los esposos.

Viendo estos la amabilidad y el esmero con que cuidaba de su pupila Laura, convinieron en nombrarle tutor de Francisco.

Una epidemia de las mil que por aquella época habia en España, arrebató la vida seis años más tarde á los padres de Garay, y quedó este heredero de una pingüe fortuna.

Laura de Cevallos, que como recordarán nuestros lectores, tenia un año más que Francisco, se hallaba en toda la plenitud de la belleza.

Se notaba en ella una gran predileccion hácia Francisco, y desde el momento en que pudieron verse con más frecuencia los dos jóvenes, se convirtió la simpatía en acendrado cariño.

Dos años habian pasado desde la muerte de sus padres, y el sacerdote bendecía la union de Francisco de Garay con Laura de Cevallos.

Rodrigañez les puso en posesion de sus bienes, y despues de celebradas las bodas les manifestó su formal resolucion de retirarse á pasar el resto de sus dias en una de las provincias de Andalucía.

A pesar del cariño que manifestaba Laura á Francisco, á pesar de las comodidades que disfrutaban, comenzaba Garay á aburrirse de la monotonía de su vida.

Hablábase por entonces en toda España de las conquistas de América, y Francisco, que habia eido re-

ferir los mil episopios que la distinguian, deseaba con impaciencia alistarse para las Indias.

En un viaje que hizo con su tutor á Sevilla, habia tenido ocasion de conocer á Anton Perez, familiar del arzobispo de Búrgos, y recordando esta circunstancia pensó poner en juego su influencia para presentarse al prelado.

Comunicó su resolución á Laura, y aunque esta trató de disuadirle, lágrimas y ruegos fueron inútiles para que desistiera de su propósito.

Con gran acompañamiento, haciendo ostentacion de sus riquezas, encaminóse á Búrgos, y no tardó en presentarse en el palacio del arzobispo.

Preguntó por su eminencia, le pasaron recado, y no tuvo á bien el darle audiencia.

Quería el prelado averiguar quién era el que tan vivos deseos manifestaba de verle, y que se presentaba con tanta espléndidez.

Como siempre, encargó esta comision á Anton Perez, y se alegró en extremo al saber los deseos que tenía Francisco de Garay de emprender el viaje á las Indias, porque dada su ambicion, podia servirle de mucho.

Celebrando la ocasion que le deparaba la fortuna, dió orden para que se presentase Francisco de Garay.

Anton Perez fué á dar tan fausta nueva á su amigo, y un momento despues se presentó ante el arzobispo de Búrgos el ambicioso jóven.

La sagacidad que distinguia al prelado le hizo adwinar desde luego las especiales dotes que adornaban

á Garay, comprendió lo útil que podia serle para realizar sus propósitos; pero como hombre de mundo, ocultó habilmente la impresion que le producion su presencia.

—No podeis figuraros, amigo don Francisco Garay, el sentimiento que he tenido en no poderos recibir cuando llegásteis la primera vez á mi palacio. Son tantas las ocupaciones que pesan sobre mí, que tuve que privarme de este placer.

Vuestro apellido me recuerda á mi buen amigo don Mendo de Garay, que indudablemente seria pariente vuestro.

—Era mi padre.

—Creo excusado deciros, que habiéndome unido tan buenas relaciones con él, será una satisfaccion para mí el poderos ser útil. Decidme sin ambages ni rodeos lo que deseais, y no dudeis que haré cuanto pueda por complaceros.

El obispo de Búrgos, que como ya hemos dicho, se habia enterado por Anton Perez de las presiones de Garay, y que conocia todos los detalles de su vida para animar á su interlocutor y al mismo tiempo para ocultar los antecedentes que de él tenia, continuó preguntándole por su familia.

Al ver la buena acogida de que era objeto:

—Como ya he tenido el honor de manifestaros,—dijo Francisco,—mi padre don Mendo sirvió como capitán con los tercios de Flandes, y la narracion que le he oido de sus campañas ha despertado en mí la aficion á las armas.

—Laudable es, en efecto, ese deseo, por más que yo, aun á trueque de quitaros una ilusion, os diga lo difícil que es realizarlo.

—Soy de la opinion de vuestra eminencia; pero no dudo que su poderoso influjo es el ánimo del rey nuestro señor podria inclinarle á que me concediese lo que deseo.

—Explicaos.

—Tengo una regular fortuna, y aunque disfruto con ella de muchas comodidades, no puedo resignarme á vivir ignorado en un pueblo, hoy que se presenta la ocasion de emprender un viaje á las Indias, adquirir gloria y honores, y volver á la patria á ofrecer al monarca las conquistas que se hayan hecho.

—Ambicioso sois, en efecto; pero son tantos los que se encuentran en vuestro caso, que no confio en que lograreis vuestro objeto. Para que forméis una idea del empeño que tienen algunos en emprender esa expedicion, básteos saber que hay quien ofrece fletar un buque.

—Yo fletaria dos,—dijo febrilmente Garay.

—Es poco, sin embargo, porque como es natural, deseareis que se os confiera el título de adelantado.

El que obtenia este título tenia derecho al quinto de todo lo que conquistase, y por esta razon eran muchos los aventureros que deseaban ir á descubrir tierras en aquella privilegiada parte del mundo.

Francisco de Garay, que deseaba á toda costa emprender el viaje, y que por otra parte disponia de cuantiosos recursos:

—Me comprometo solemnemente á fletar cinco buques, siempre que su majestad me conceda el título de adelantado de los países que descubra.

—Yo hablaré al rey, me interesaré en vuestro favor, y cualquiera que sea el resultado, lo pondré en vuestro conocimiento.

Francisco se despidió del arzobispo de Búrgos, y se retiró á la posada que ocupaba.

En toda la noche pudo conciliar el sueño, pensando en cuál seria la resolucion que adoptaria el monarca.

Dos dias pasó en febril ansiedad, hasta que el tercero recibió un pliego muy abultado.

Era del arzobispo de Búrgos.

En él le enviaba su título de adelantado, varias cartas de recomendacion para el gobernador de Santiago de Cuba, y le encargaba se pusiese cuanto antes en camino, á fin de activar los preparativos para fletar en Cádiz los cinco buques, y emprender directamente el viaje á Santiago de Cuba.

Francisco de Garay, ébrio de alegría, fué á dar las gracias á su protector, y aquel mismo dia se puso en camino con direccion á su casa, para despedirse de su esposa.